

## ENSAYO

### CAPITALISMO, ETICA Y DOCTRINA SOCIAL CATÓLICA CLASICA\*

James A. Sadowsky S. J.\*\*

Este trabajo representa un esfuerzo por superar las distancias entre el pensamiento católico y las expresiones más renovadas del capitalismo democrático, a partir del análisis de la encíclica *Rerum Novarum*, la que constituye el documento clásico de la doctrina social de la Iglesia. Redactada en 1891, influyó en el pensamiento socioeconómico de los católicos por más de medio siglo, siendo complementada más tarde por *Quadragesimo anno* del Papa Pío XI. Ambos documentos llevan implícita una crítica tanto al sistema económico capitalista como al socialista, no obstante reconocen el derecho a la propiedad privada y conceden cierta intervención estatal. En el siguiente ensayo, James Sadowsky hace un acucioso estudio de los planteamientos insertos en esa crítica y concluye que deriva de una percepción inadecuada de los mecanismos y del funcionamiento del mercado. El autor destaca la necesidad de distinguir entre algunos efectos propios del capitalismo que perjudican a los sectores más pobres y aquellos que pueden imputarse a la excesiva participación del Estado en la actividad económica.

Llamo doctrina social clásica a la que prevaleció entre los pensadores católicos romanos desde la época de *Rerum Novarum* (1891) hasta mediados del siglo XX. *Rerum Novarum* es el título de una encíclica, una circular papal dirigida a los obispos, que expone la posición del Papa en relación a una materia de importancia para la Iglesia Católica. A pesar de que revisten gran autoridad, las encíclicas no poseen en sí y por sí, la fuerza de una doctrina. En otras palabras, las posiciones pueden cambiar —y de hecho cambian— con el tiempo. Sin embargo, *Rerum Novarum* como ningún otro documento aislado, guió el pensamiento de los fieles católicos en las cuestiones socioeconómicas durante la primera mitad de este siglo.

\* Traducido con la debida autorización de *This World*, N° 6, Otoño 1983, (The Institute of Educational Affairs, New York).

\*\* Profesor de Filosofía, Fortham University, New York.

La encíclica en cuestión fue redactada en 1891. Marx había muerto en 1883 y Engels moriría en 1895. Los más importantes tratados sobre economía clásica ya habían sido concluidos y la era de la economía austríaca ya se había iniciado con la publicación, en 1871, de los *Principios de Menger*. Aun así, *Rerum Novarum* no concede una atención significativa a los escritos de los grandes economistas, a pesar de que si se desea comprender los mecanismos del mercado, debe hacerse exactamente eso.

El Papa León XIII anhelaba con toda justicia mejorar las condiciones de vida de los trabajadores. A continuación entregamos el resumen que el Papa León hace del problema que pensaba requería de atención:

Después de la destrucción de los gremios comerciales en el siglo pasado, a la que no sucedió ningún tipo de protección, y cuando las instituciones públicas y la legislación habían eliminado la enseñanza religiosa tradicional, gradualmente quedó en claro que la época actual entregaba a los trabajadores, cada uno solo y abandonado a su suerte, a la inhumanidad de los empleadores y a la ambición desmedida de los competidores. . . a lo que se suma que todo el proceso de producción, así como el comercio de todo tipo de bienes, ha sido colocado casi enteramente bajo el poder de unos pocos, de modo que unos pocos hombres excesivamente ricos han colocado un yugo de esclavitud sobre las innumerables masas de trabajadores no propietarios.

Ningún socialista, ningún teólogo de la liberación, podría haber avanzado una condena más contundente. Pero si uno espera que el Papa proceda acto seguido a proponer al socialismo como un remedio de suyo, debe aprontarse para sufrir una seria desilusión:

Para curar este mal, los socialistas, azuzando la envidia de los pobres respecto de los ricos, sostienen que es necesario terminar con la propiedad privada de los bienes y en su lugar hacer comunes a todos los bienes de los individuos, y que los hombres que presiden una municipalidad o que dirigen el Estado debieran actuar como administradores de dichos bienes. Sostienen que, a través de dicha transferencia de los bienes privados desde los individuos privados a toda la comunidad, podrán curar el mal actualmente existente mediante la división igualitaria entre los ciudadanos de la riqueza y los beneficios.

Pero su programa es tan poco adecuado para terminar con el conflicto que en realidad perjudica a los propios trabajadores. Más aún, es altamente injusto, pues viola los derechos de los legítimos propietarios, pervierte las funciones del Estado y precipita a los gobiernos en una profunda confusión.

Si el trabajador no puede usar sus salarios para adquirir propiedad, cosa que no puede hacer en el socialismo, se le quita el derecho a hacer uso de su salario como disponga. Sus propiedades "no son sino sus salarios bajo otra forma". En otras palabras, el socialismo condena al trabajador a permanecer para siempre bajo el mismo sistema salarial que deplora, ". . . en cuanto los socialistas persiguen transferir los bienes de personas privadas a toda la comunidad, empeoran la suerte de todos los asalariados, dado que al abolir la libertad de disponer del salario les quitan por ese solo acto la esperanza y la oportunidad de incrementar su propiedad y de asegurarse garantías para ellos mismos".

### **Propiedad Privada y Naturaleza Humana**

Incluso más importante, la propia naturaleza humana exige un régimen de propiedad privada. A diferencia de los animales, el hombre debe planificar su futuro. Puede hacerlo tan sólo si es capaz de poseer los frutos de su trabajo de un modo permanente y estable. Está en las manos del hombre, escribió el Papa León XIII,

elegir las cosas que considere más indicadas para beneficiarlo, no sólo en el presente, sino que también en el futuro. De lo cual se deduce que el hombre debe ser depositario no sólo del dominio sobre los frutos de la tierra, sino que también sobre la tierra misma, ya que así podrá velar por que las cosas que le sean necesarias para su futuro le provengan de los frutos de la tierra. Las necesidades de cada hombre están sujetas, claro está, a constantes recurrencias, de modo que, satisfechas hoy, vuelven a plantearse mañana. Por tal motivo, la naturaleza, necesariamente, otorgó al hombre algo estable y duradero con lo cual puede contar como sostenido apoyo. Y nada es capaz de ofrecer ese sostenido apoyo salvo la tierra con su gran abundancia.

La posesión de la tierra por el hombre en general sólo significa que Dios no asignó ninguna porción de tierra en particular a una persona determinada, sino que dejó que los límites de la posesión privada fuesen fijados por la laboriosidad del hombre y por las instituciones de los pueblos. Para emplear la frase técnica, la propiedad en su estado original fue común más bien negativa que positivamente: poseída por nadie pero capaz de ser convertida en propiedad por cualquiera.

¿Cómo puede uno convertir lo no poseído en propiedad? Trabajando en aquello que hasta ese momento no ha sido poseído. Al hacerlo, "se apropia de aquella parte de la naturaleza física que ha cultivado". Impone su propia imagen sobre el trabajo de sus manos de modo tal que "nadie de ningún modo debe ser permitido de violar ese derecho". Más aún, aquellos que pretendan negar al indivi-

duo la propiedad del suelo que cultiva, a la par de concederle el producto que resulte de dicha actividad, olvidan que las modificaciones que el hombre introduce en la tierra son inseparables de ésta. Un hombre no puede poseer lo uno sin poseer lo otro.

En resumen, aquí tenemos la acusación que hace el Papa León XIII al socialismo:

De todas estas conversaciones se infiere que el principio fundamental del socialismo, que convertiría todas las propiedades en bienes públicos, debe ser absolutamente rechazado, pues perjudica exactamente a quienes pretenden ayudar, contraviene los derechos naturales de las personas individuales y confunde las funciones del Estado y del mantenimiento de la paz pública. Señalemos, por lo tanto, que queda establecido que al buscar ayuda para las masas debe considerarse básico antes que a ningún otro el principio de que la propiedad privada debe preservarse inviolada.

En toda la encíclica es recurrente el tópico de que debe permanecer intacto el derecho natural del hombre de poseer y transmitir propiedad a través de la herencia y que no puede ser anulado por el Estado, "pues el hombre es anterior al Estado", y "la economía del hogar es antecedente, tanto en la idea como en el hecho, a la reunión de los hombres en forma de comunidad".

A lo más, el Estado podría modificar el uso de la propiedad privada, pero jamás podrá legítimamente restar el derecho fundamental de su propiedad y ejercicio común.

Cuarenta años después de *Rerum Novarum*, el Papa Pío XI dio a publicidad su acuerdo con esta enseñanza en otra encíclica, *Quadragesimo Anno*:

Así, el prudente Pontífice ya había declarado que es ilegítimo que el Estado agote los medios de los individuos a través de tributos e impuestos insoportables. "El derecho de poseer propiedad privada deriva de la naturaleza, no del hombre; y el Estado en modo alguno posee el derecho de abolirla, sino que sólo de controlar su uso y colocarla en armonía con los intereses del bien común". Sin embargo, cuando la autoridad civil ajusta la propiedad a las necesidades del bien común, no actúa como enemigo sino como amigo de los propietarios privados; pues así previene efectivamente que la posesión de propiedad privada, establecida por el Creador en su Divina Sabiduría para el sustento de la vida humana, genere cargas intolerables, precipitando, de ese modo, su propia destrucción. Por lo tanto no destruye, sino que protege la propiedad privada, y, lejos de debilitar el derecho a la propiedad privada, le confiere nuevo vigor.

Pareciera, así, que tanto para el Papa León XIII como para el Papa Pío XI el socialismo, en el sentido de propiedad común de los bienes de producción, está fuera de cuestión. Ambos, sin embargo, conceden la intervención del Estado. La pregunta es ¿hasta qué punto?

León XIII no analizó el alcance de la nacionalización legítima de la propiedad, pero Michael Cronin —intérprete altamente respetado de la ética católica— estableció los límites de la propiedad estatal de un modo que, pienso, habría logrado la aprobación tanto de León XIII como de Pío XI:

Si la nacionalización estatal alcanzase un punto en que la presión de la restricción estatal comenzara a ser percibida por las personas privadas, de modo que ya no pueda afirmarse que las personas tienen una amplia y plena oportunidad para la empresa e inversión privada, o si tal punto ya ha sido definitivamente alcanzado, de modo que exista el peligro de amenaza contra los derechos de la persona privada de decidir libremente su empresa e inversiones, entonces el Estado ya ha sobrepasado los límites del monopolio legítimo. También, si existiera algo que fuera de importancia tan fundamental para la vida económica de la comunidad que su nacionalización por parte del Estado concedería a éste una especie de propiedad modificada sobre toda la riqueza, perjudicando gravemente la libertad de los propietarios privados en cada ámbito comercial, introduciendo así condiciones casi equivalentes a aquellas del socialismo, entonces, en dicho caso, la nacionalización estaría prohibida por menoscabar la libertad y el bienestar de la comunidad.

Cronin concede al Estado el derecho de establecer un monopolio sólo en casos justificados por razones muy graves, y sólo después de realizada una plena compensación a los propietarios existentes. Señala que:

Hay todo un mundo de diferencia entre los monopolios que son propiedad de individuos privados y los monopolios establecidos por el Estado. El individuo privado o la compañía que establece un monopolio, logra hacerlo no mediante la prohibición de una determinada línea comercial a otros, sino que como resultado de la competencia abierta y mediante el empleo de recursos legítimos puestos en juego por la competencia. Y, suponiendo que sólo se recurra a recursos o expedientes legítimos, una empresa privada tiene tanto derecho a adquirir un monopolio en abierta competencia con otros, como derecho tiene un individuo de ganar una carrera o un trofeo en una justa. Pero, por otra parte, cuando el Estado contempla el establecimiento de un monopolio en determinada línea comercial, prohíbe a todos los demás entrar en esa línea comercial, efec-

tuando así una sería usurpación de la libertad del sujeto. Tal usurpación sólo puede justificarse mediante razones muy poderosas de política o necesidad públicas.

### **Las Dualidades del Monopolio**

El pensamiento de Cronin en relación al tema de los monopolios es muy iluminador. Son muy pocos aquellos que han demostrado estar conscientes de la diferencia entre el tipo de monopolio que resulta del rechazo de los consumidores a tratar con más de un productor de determinado bien y el monopolio que resulta cuando el Estado emplea la fuerza para prohibir a todos menos a uno de los productores del bien. Si la prohibición estatal acarrea un resultado que no hubiera surgido de otro modo, ello implica que aquellos consumidores que hubieran preferido comprar de algún otro productor son ahora impedidos de hacerlo. Se causa perjuicio tanto a aquellas firmas que hubieran entrado al mercado, como a aquellos consumidores que hubieran preferido la alternativa. En ausencia de interferencia gubernamental, los consumidores pueden elegir entre uno o varios vendedores. Cabe recalcar que, contrariamente a lo que piensan muchos, el monopolio deplorado por Adam Smith era precisamente aquel suscitado y mantenido por el poder del Estado. En efecto, en sus días jamás se empleó el término "monopolio" para designar al productor único de un bien, excepto que ese carácter único se debiera a la intervención del Estado.

A menudo se escucha que el mercado libre concebido por Smith y sus contemporáneos ya no existe. Si ello significa que habría una cantidad mucho mayor de intervención estatal de lo que hubiera aceptado Smith, entonces, por supuesto, la afirmación es correcta. Pero no es eso lo que generalmente contiene la acusación. Más bien se pretende decir que el mercado no es libre debido a que las dimensiones de las empresas son mucho mayores de lo que Smith supuso podían ser. De acuerdo a este argumento, Smith pensó que para que el mercado fuera libre y los precios "competitivos", el mercado debía consistir en empresas tan pequeñas que el retiro de alguna de ellas no llegara a afectar el precio del producto dado.

Pasemos por alto el hecho de que es una imposibilidad lógica que una firma sea así de pequeña. Todo este asunto es historia creativa. Smith en parte alguna atribuye el éxito y la libertad de los mercados a la pequeñez de las firmas que componen determinada industria. Para él, la libertad del mercado no consistía sino en una cosa: la ausencia de interferencia gubernamental. En cuanto al tamaño de la firma que resultaría de la libertad de mercado, estaba perfectamente dispuesto a que los datos cayeran como fuera. En su concepto, la competencia existía cada vez que hubiera libertad legal para entrar al mercado. Mientras el mercado fuera libre en este sentido, todos los precios eran eo ipso competitivos. En todo caso, mientras los gobiernos permitan el libre comercio a través de las

fronteras nacionales, uno no será el único vendedor de determinado bien a menos que sea el único vendedor de ese bien en el mundo entero. Mientras haya dos en el mundo, la diferencia de precios difícilmente excederá los costos de transporte. El asunto es el siguiente: para mantener su calidad de monopolio, una empresa inserta en un mercado libre debe vender sus productos a un precio inferior que el precio en que podrían afrontar vender sus competidores potenciales. Una vez que deja de hacerlo, los competidores potenciales se convierten en competidores reales.

La mayor parte de los críticos contemporáneos del capitalismo tienden, con todo, a reconocer la competencia como una fuerza benéfica. Conceden que asegura precios más bajos, mejor calidad y mayor protección para los empleadores. Si lamentan algo, es que los negocios no sean suficientemente competitivos. A la luz de esto parece extraño observar a los pensadores de otra época culpando a la competencia de los males económicos de su tiempo. León XIII, por ejemplo, afirmó que "la época actual entregó a los trabajadores, cada uno solo y abandonado a su suerte, a la inhumanidad de sus empleadores y a la ambición desmedida de los competidores". Y Pío XI escribió lo siguiente:

En primer lugar, entonces, queda patente que en nuestros días no sólo es acumulada la riqueza, sino que también se concentra en las manos de sólo unos pocos un poder inmenso y la dominación económica despótica, y sucede que aquellos pocos con frecuencia no son los propietarios, sino que sólo los depositarios y directores de los fondos invertidos, quienes los administran a su parecer.

Este poder se torna particularmente irresistible cuando es ejercido por aquellos que, debido a que poseen y controlan dinero, son capaces de gobernar el crédito y manejan su asignación, suministrando, por así decirlo, la sangre vital a todo el cuerpo económico, y reteniendo en sus manos, como si lo fuera, el alma misma de la producción, de modo que nadie se atreve a levantarles la voz.

Esta acumulación de poder —que constituye la nota característica del orden económico moderno— es el resultado natural de una irrestricta libertad de competencia, que permite la supervivencia de sólo los más fuertes, lo cual muchas veces significa, aquellos que luchan más despiadadamente, aquellos que prestan menos atención a los dictados de su conciencia.

### Capitalismo y "Capitalismo de Estado"

Uno de los grandes problemas que encaramos cuando tratamos las críticas contra el "capitalismo" es descubrir cuál tipo de esquema se está criticando. Para nuestros propósitos, podemos distinguir entre dos tipos de capitalismo: capitalismo "laissez-faire" y capita-

lismo de Estado. Los defensores del primero desean una situación de mercado tal que las actividades del Estado se vean restringidas a la penalización del fraude y de la violencia contra las personas y sus bienes pacíficamente adquiridos. (La violencia contra las personas y la propiedad perfectamente bien puede incluir la contaminación.) De tal modo, el Estado, en cuanto tal, no participa en la economía, excepto tal vez como comprador. Esto implica no intervenir, ya sea a favor o en contra de cualquier interés comercial. Acorde con este credo, la única cosa que el Estado es capaz de hacer en favor de las actividades mercantiles en general es salir del camino y atenerse a una estricta política de no-intervención. Lo que León XIII y Pío XI y tantos otros pasaron por alto es que las concentraciones económicas que tantas veces deploraron no podrían haber existido sin mediar el beneficio de la intervención del Estado. Siendo así y si determinado estado de cosas existe por virtud de la intervención gubernamental, ¿cómo podremos considerarlo apropiadamente en función del capitalismo? Cada vez que haya miseria económica, debemos partir por preguntarnos acaso esa miseria es debida a la ausencia de intervención en la economía o a la intervención misma. En países como los Estados Unidos, cualquier logro en la economía es interpretado como expresión del capitalismo y de la misma manera la gente imagina que la cura para las enfermedades intervencionistas es más intervención.

Claro que existen aquellos que piensan que una intervención "pro-negocios" forma parte, en sí misma, de la lógica inmanente del capitalismo, que el polluelo del capitalismo de Estado se desarrolla automáticamente a partir de los huevos del *laissez-faire*. Pío XI parece haber tenido en mente algo semejante a esto cuando escribió:

Esta concentración del poder ha conducido a una triple lucha por el dominio. Primero, hallamos la lucha por la dictadura en la propia esfera económica; enseguida, la fiera batalla por adquirir el control del Estado, a fin de que sus recursos y autoridad puedan ser abusados en la lucha económica; finalmente, el choque entre los mismos Estados. Este último surge de dos causas: porque las naciones aplican su poder e influencia política para promocionar las ventajas económicas de sus ciudadanos, sin contemplación de las circunstancias; y porque, viceversa, las fuerzas económicas y el dominio económico son empleados para decidir controversias políticas entre los pueblos.

No cabe duda respecto de que este texto describe la historia de los así llamados regímenes capitalistas. Ciertamente muchos hombres de negocio han luchado para alcanzar el dominio del Estado y en muchas instancias lo han logrado. De este modo no sólo han cometido una agresión contra sus propios conciudadanos, sino que han influido sobre sus gobiernos para que cometieran agresión contra otros pueblos. Lo que debe acentuarse, no obstante, es que



ninguna de estas monstruosidades resulta del capitalismo per se. Más bien, el capitalismo es el único sistema económico cuya existencia sería posible aun sin un Estado.

Asimismo, los abusos que en forma justificada deplorara el Papa Pío XI requieren de la existencia del Estado si se persigue su institucionalización. Sólo se puede lamentar que él y tantos otros (de manera comprensible) hayan culpado al capitalismo de aquello que resulta de un intervencionismo que no se percibe debidamente.

### Trabajo, Igualdad y Contratos

Ahora veremos lo que las encíclicas nos dicen en relación al trabajo. Primero, los documentos papales rechazan el ideal de que la riqueza y las posiciones debieran estar distribuidas en forma igualitaria. Escuchemos a León XIII en relación a este punto:

Por tal razón, convengamos en primer lugar que se nace con determinada condición de existencia humana, que en la sociedad civil el más bajo no puede ser igualado con el más alto. Los socialistas, por supuesto, sostienen lo contrario, pero toda lucha contra la naturaleza es en vano. Ciertamente hay grandes y muy naturales diferencias entre los hombres. Ni los talentos ni la habilidad ni la salud ni las capacidades de todos son iguales, y la desigualdad de fortuna surge de por sí de la necesaria desigualdad respecto de estos talentos. Y esta condición de las cosas está claramente adaptada para beneficiar tanto a los individuos como a la comunidad; pues para poder llevar adelante sus asuntos, la vida de la comunidad requiere de aptitudes variadas y de servicios diversos, y para desempeñar esos servicios los hombres están determinados especialmente por sus diferencias en la propiedad privada.

Segundo, encontramos el rechazo a cualquier noción de lucha de clases:

Es un error capital en relación al asunto que estamos analizando dar por sentado que una de las clases de la sociedad es de por sí hostil a la otra, como si la naturaleza hubiera colocado a ricos y pobres unos contra otros para luchar fieramente en una guerra implacable. Esto resulta tan aberrante para la razón y la verdad que resulta cierto exactamente lo contrario; pues así como en el cuerpo humano armonizan entre sí sus diversas partes una vez que surge aquella disposición de partes y proporciones de la figura humana acertadamente llamada simetría, así también la naturaleza ha dispuesto en el caso del Estado que las dos clases mencionadas debieran de calzar armoniosamente y debieran formar debidamente contrapartes equilibradas la una respecto de la otra. Cada una necesita completamente de

la otra: ni el capital puede actuar sin el trabajo, ni el trabajo sin capital. . .

León XIII escribió que a los trabajadores se les solicita:

. . .realizar entera y conscientemente cualquier trabajo que haya sido voluntaria y equitativamente acordado; no dañar de modo alguno la propiedad o causar daño a la persona de los propietarios; proteger sus propios intereses y abstenerse de la violencia y jamás involucrarse en levantamientos; no asociarse con hombres viciosos que astutamente formulan esperanzas exageradas y que hacen grandes promesas, curso que generalmente conduce a vanos lamentos y a la destrucción de la riqueza.

La noción de "acuerdos voluntarios y equitativos" tradicionalmente ha causado problemas a los pensadores católicos y los sigue causando a muchos otros en nuestros días. Pío XI objetó la interpretación "liberal" de la libertad de contrato (entendiendo aquí "liberal" como se entendía en el siglo XIX). Los partidarios del *laissez-faire* consideraban libre un contrato mientras nadie emplease la fuerza física o la amenaza para lograr el contrato. El hecho de que una de las partes sintiera un irresistible deseo de aquello que la otra parte ofertaba no se consideraba un menoscabo de la libertad de contrato mientras la otra parte no hubiera suscitado ese deseo a través del robo, el fraude o la violencia. Los liberales aplicaban estos principios a todos los contratos, incluso los así llamados "apremiantes". Parte del problema puede originarse en la negativa a comprender que en un régimen capitalista los no-capitalistas pueden convertirse en capitalistas. Para ello, lo esencial es que los no-capitalistas reduzcan su actual nivel de consumo y comiencen a invertir. Suele responderse a esto que los trabajadores no pueden reducir su consumo. Aun así, debemos tener cuidado de no definir "trabajador" como "aquel que debe consumir todas sus ganancias".

Lo concreto es que en el siglo XIX, cuando los trabajadores disponían de entradas mucho más bajas que sus contrapartes contemporáneos, considerable número de ellos se convirtió en capitalistas. Demasiado a menudo es la falta de voluntad de restringir el consumo lo que evita que un trabajador como uno se convierta en capitalista. En nuestros días los norteamericanos han tenido especial oportunidad de observar en inmigrantes asiáticos lo que para ellos es una sorprendente voluntad para posponer el consumo inmediato. Al comienzo esos asiáticos viven en condiciones que un occidental juzgaría totalmente imposibles. Pero antes de que nos demos cuenta, ya operan exitosos negocios.

¿Cuál fue la respuesta de las encíclicas a la teoría liberal de la libertad de contrato y a la teoría del salario? León XIII establece una distinción entre el contrato laboral y otras formas de contrato.

Señala que, a diferencia de otros productos, el trabajo no puede ser separado de la persona que lo realiza:

. . . el trabajo encuentra en el hombre dos objetivos, a sabiendas impuestos por la naturaleza, a fin de que sea genuinamente personal, puesto que la energía laboral es inherente a la persona y pertenece completamente a aquel que la libera y para cuyo uso está destinado por la naturaleza; y, segundo, que sea necesario, pues el hombre tiene necesidad de los frutos de su trabajo para preservar su vida y es la propia naturaleza, que debe ser estrictamente obedecida, la que le ordena preservarla. Si el trabajo fuera considerado sólo bajo el aspecto de que es personal, no caben dudas de que estaría entre las facultades del trabajador fijar la cantidad del salario acordado en un nivel demasiado bajo. . .

Pero esta materia debe ser juzgada de modo muy diferente, si con el factor de la personalidad combinamos el factor de la necesidad, del cual el primero es separable sólo en pensamiento pero no en la realidad. En efecto, preservar la propia vida es deber común a todos los individuos y omitir este deber es un crimen. De esto surge necesariamente el derecho de asegurar las cosas imprescindibles para mantener la vida y sólo un salario ganado con su trabajo otorga a un hombre pobre los medios para adquirir esas cosas.

Tal vez Cronin aclare algo más aquello a lo que apunta León XIII:

. . . Aquel hombre que cede a otro toda su jornada de trabajo pone a disposición de ese otro todas aquellas energías con que lo ha dotado la naturaleza para satisfacer sus necesidades. Por tal motivo, el salario justo pagable a cambio del uso de esas energías, el único salario que con justicia puede ser presentado como equivalente de esas energías, es un salario capaz de satisfacer las mismas necesidades que podrían satisfacer las energías humanas. Y el salario mínimo justo será un salario capaz de satisfacer las necesidades básicas de entre aquellas necesidades, las necesidades básicas del ser humano. Esta es, entonces, la primera medida y prueba del salario mínimo justo. Es una medida basada en la naturaleza del trabajo mismo y de su función esencial.

Esto sugiere la idea de lo que los economistas han llamado "costos de oportunidad". Presumiblemente, el trabajador ha de esperar de su empleador al menos lo que podría haber obtenido gastando sus energías en propio beneficio en lugar de en beneficio del empleador. Todo santo y bueno. ¿Pero acaso no es eso lo que ocurre? ¿Por qué nuestro hombre no se autoemplea en primer lugar?

¿No se debe acaso al hecho de que piensa que su empleador le concede más de lo que habría recibido al trabajar por su propia cuenta? Al leer a Cronin uno puede concluir que las ofertas laborales tornan más pobres a los hombres de lo que hubieran sido en ausencia de tales ofertas.

Para no dejar lugar a dudas, digamos que nuestro trabajador está sumido en una pobreza abrumadora. Y, ciertamente, desde un punto de vista cristiano, debiéramos intentar ayudarlo para que pueda satisfacer sus necesidades. Pero, ¿por qué debiera ser precisamente el empleador quien asuma esta responsabilidad, si, en el hecho, el empleador no está empeorando sino que mejorando la situación del empleado?

Tal vez se aducirá que la condición necesaria de estos salarios bajos es la incapacidad del trabajador de encontrar una entrada aceptable en otra parte. Ahora bien, ciertamente es verdad que uno comúnmente no va a aceptar un trabajo de baja remuneración si la entrada alternativa es suficientemente alta. Esta es, en efecto, la razón por la cual en la actualidad no son aceptados todo tipo de trabajos humildes. La beneficencia es una poderosa fuente de desempleo voluntario; ha provisto a numerosas personas con una entrada alternativa. Pero si la teoría que estamos analizando fuese correcta, el hecho de que esa gente cuente con dicha alternativa debiera llevar a los empleadores a ofrecer salarios más elevados para inducir a la gente a aceptar el trabajo. ¿Por qué no corren a competir con la beneficencia? La respuesta es simple: los consumidores, que en última instancia pagan el costo de los negocios, no pagarán los precios más elevados que resulten de dicho aumento salarial mientras exista una alternativa de menor costo, la que en una economía mundial siempre existirá.

Son pocos los que se percatan del hecho de que son los consumidores quienes colocan techo a los salarios. En este sentido, el empleador es un intermediario. Comprando en otra parte o no comprando en absoluto, el consumidor veta la opción del empleador excesivamente generoso o extravagante. Salvo que el gobierno fuerce al consumidor a comprar el bien a un precio más elevado, no hay modo cómo los empleadores pudieran aumentar esos salarios y mantenerse en competencia.

Si hubiera existido una comprensión del mercado, el debate en torno del salario vital no se habría suscitado jamás. Lo concreto es que si los empleadores son capaces de pagar un salario vital, será el propio mercado el que los forzará a hacerlo. Y si no pueden, no están obligados a hacerlo. Por supuesto que es imposible mantenerse en competencia por cualquier lapso de tiempo y pagar salarios vitales si no se logran utilidades. Supongamos ahora que es posible lograr utilidades cuando se paga un salario vital pero que las empresas existentes no lo estén haciendo. Ello significa que será rentable para otras empresas entrar al mercado y absorber a los trabajadores de las empresas recalcitrantes, ofreciéndoles un mejor salario. Este

proceso continuará hasta que los salarios alcancen el nivel del salario vital. La única forma de mantener fuera del mercado a esos posibles competidores es que las empresas ya existentes ofrezcan, en primer lugar, el salario vital. El mejor aliado de los trabajadores será la competencia por mano de obra entre los empresarios. Desde luego que se puede sabotear el mercado y obligar a algunas firmas a pagar el salario vital cuando ello no está sustentado en las condiciones del mercado. Pero en tal caso aquellos que lo perciben lo hacen a expensas de aquellos que debido a su calidad de desempleados no reciben salario alguno. Debe entenderse que cuando hablamos de un salario vital estamos hablando de un salario real. El único modo de lograr un aumento general de los salarios reales es aumentando la productividad. No se ha encontrado todavía otro modo de lograr esto que un mercado sin restricciones. Enriquece a los ricos y también enriquece a los pobres.

### ¿Cuál Fue la Equivocación?

El error del pensamiento social católico del siglo pasado no residió tanto en su ética como en su falta de comprensión del modo en que opera el mercado libre. La preocupación por el trabajador era totalmente legítima, pero la preocupación poco logra a menos que sepamos las causas y la cura de la enfermedad.

Al igual que tantos otros, los pensadores católicos no estaban conscientes del grado de la intervención gubernamental en su época. Si bien substancialmente menor que en nuestros días, era considerable. Ese hecho les impidió preguntarse acaso los problemas que observaban se debían a la falta de intervención o a la propia intervención. La tendencia, por lo tanto, fue culpar de cualquier problema al mercado mismo. Y cuando esto ocurre, surge la tentación de exigir más y más intervención, que es justamente la causa de todo el problema.

Con frecuencia nuestros juicios éticos relacionados con determinada acción se basan en lo que se percibe como los efectos de dicha acción. La mayoría de la gente, por ejemplo, estará a favor o en contra de la intervención gubernamental dependiendo de lo que creen logrará esa intervención. Pero eso torna tanto más importante el que sepamos cuáles son esos efectos. Dudo que los pensadores católicos hubieran juzgado al mercado como lo hicieron si hubieran conocido mejor su mecánica.